

EL «ABC» DE LA PASTORAL DE LA SALUD

(por María del Sagrario Bravo Sobejano)

Definición.-

La pastoral de la Salud es una acción humanizadora de la Iglesia, y, sobre todo, es la manifestación a los enfermos del amor apasionado que Jesús tiene por los débiles.

Requisitos.-

La Pastoral de la Salud está formada por personas que sienten la urgencia de dar gratis lo que han recibido gratis: la fe, el amor, la disponibilidad, la generosidad; para estar siempre dispuestas a ir donde hay personas que necesitan que se les escuche, personas que viven solas, personas que en su corazón sólo hay vacío, y que esperan con ansia que alguien esté a su lado, que alguien les diga una palabra de cariño.

El voluntariado de Pastoral de la Salud es de personas comprometidas con el mensaje de Jesús: «Sed misericordiosos como yo soy misericordioso». Personas que confían plenamente en la palabra de Jesús: «No tengáis miedo, yo estoy siempre con vosotros». Personas que, a pesar de tener trabajos que realizar en sus casas y familia, tienen tiempo para darlo a los demás. Personas que irradian un valor fundamental: **la esperanza**. Creer es la base de la esperanza, y la convicción y certeza de que es el sustento de la fe.

La esperanza es la virtud que deja más profunda huella en el ánimo de los enfermos y sus familiares, y también en los grupos de Pastoral de la Salud. Siempre hay momentos en los que vemos la esperanza más cercana: «Me voy a poner bien». «No tenemos problemas». Pero sabemos que eso no es siempre verdad. Por eso debemos buscar la esperanza, a pesar de las dificultades que podamos encontrar, y la esperanza nos dará fuerza para continuar hacia delante.

Esto es difícil, y a veces duro, pero Jesús nos vuelve a repetir: «No tengáis miedo, yo estoy con vosotros hasta el final, aunque no me veáis».

El grupo.-

1º) El fundamento principal para formar un grupo de Pastoral de la Salud es que el sacerdote esté motivado desde su ser de pastor en la Iglesia a que los enfermos sean los preferidos de Jesús, el compromiso de curarlos, visitarlos, y a comprometerse con ellos y sus familias. Pero él solo no puede llevar todo el peso de la parroquia, por eso debe invitar a los fieles a comprometerse en esta acción de la Iglesia. En las parroquias hay personas laicas que podrían hacerlo, pero tiene que ser el sacerdote el que les dé una formación humana, para saber cómo tratar a los enfermos y sus familias. También hay, en otras parroquias, grupos que trabajan en la Pastoral de la Salud que acuden a las reuniones que se imparten desde la Delegación de Pastoral de la Salud, lo que supone un encuentro muy enriquecedor, al comprobar cómo las personas comprometidas en esta misma acción en las otras parroquias, aun siendo tan distintas, todos los grupos vamos en la misma dirección.

El sacerdote tiene un papel muy importante en la formación del grupo, pero debe ir descubriendo qué persona tiene los dones afines a este proyecto:

alegría, generosidad, espiritualidad, compromiso, saber tener un diálogo sincero con las otras que forman el grupo; sin forzar a nadie, pero teniendo claro cuál es el objetivo principal de Pastoral de la Salud: los enfermos y sus familias.

2º) Los grupos de Pastoral de la Salud los forman, normalmente, personas: hombres y mujeres, que pertenecen a la parroquia, que están comprometidas en todas las acciones de la Iglesia. Pero la experiencia nos dice que el grupo de Pastoral de la Salud debe tener un solo compromiso: la atención preferencial por los enfermos y sus familias. El enfermo (incluyendo a las personas mayores solas) necesita que la persona que le visita no dé la impresión de que tiene prisa, que se le vea nerviosa porque tiene otras cosas. Las personas que aguardan estas visitas, esperan de nosotros que les llevemos paz, que sepamos escuchar en silencio, que hablemos con el lenguaje no verbal, con nuestros gestos, actitudes y comportamiento, acariciando con mimo para que sientan nuestra cercanía y cariño.

Los grupos de Pastoral de la Salud **deben aprender a orar**. San Lucas, en su Evangelio, nos pone unas frases de Jesús que, para los grupos de Pastoral de la Salud, nos tendrían que servir de actitud ante nuestro compromiso. Jesús nos dice a cada uno: «Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá». Pedid y se os dará. En la Iglesia se planifica, se organiza y se trabaja buscando eficacia y rendimiento (a pesar de que ése no sea el objetivo último de Jesús, según nos muestra el Evangelio, sino simplemente amar), y, para ello, con frecuencia sólo contamos con nuestro esfuerzo, en el que no hay sitio para el Espíritu, y ni lo pedimos ni lo recibimos. Buscar no sólo es pedir, es, además, movernos, dar pasos para alcanzar algo que se nos oculta. Así ve Jesús a sus seguidores, como buscadores del reino de Dios.

Llamar es gritar a alguien a quien no sentimos cerca, pero creemos que nos puede escuchar y atender. Así grita Jesús al Padre en la soledad de la cruz. ¡Qué lección para los grupos de Pastoral de la Salud ante los gritos de los enfermos!

Para los grupos de Pastoral de la Salud, la oración es y debe ser fundamental: vivir de la vida de Jesucristo y alimentarse de su palabra.

Casi sin darnos cuenta hemos llenado nuestra vida de cosas, actividades y preocupaciones que nos han ido alejando, poco a poco, de Dios. ¿Cómo ponernos a orar cuando tenemos tantas cosas en que ocuparnos? Sin darnos cuenta hemos terminado por vivir bastante bien sin necesidad de orar. ¿Es posible experimentar en nuestra propia vida la verdad de las palabras de Jesús: «Buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá»?

Lo que se nos pide a los grupos de Pastoral de la Salud es, decir interiormente, un «sí» a Dios. Un «sí» pequeño, humilde, minúsculo, que aparentemente no cambia nada en nuestra vida, pero que nos pone a la búsqueda de Dios.

Los grupos de Pastoral de la Salud necesitamos orar para encontrar silencio, serenidad y descanso que nos permita sostener el ritmo de nuestro quehacer diario. Necesitamos orar para vivir en actitud lúcida y vigilante en medio de esta sociedad deshumanizadora. Necesitamos orar para enfrentarnos a nuestra propia verdad y ser capaces de una autocrítica personal sincera. Necesitamos orar para irnos liberando de lo que nos impide ser más humanos. Necesitamos orar para vivir ante Dios en actitud más festiva, agradecida y creadora.

Felices los que también en nuestros días son capaces de experimentar en lo profundo de su ser la verdad de las palabras de Jesús: «Quien pide, está recibiendo; quien busca, está hallando; y, al que llama, se le está abriendo».

Los apóstoles le dijeron a Jesús: «Enséñanos a orar». Una oración como ésta es siempre escuchada. Lo importante es buscar a Dios más allá de métodos, libros, oraciones y frases; es mejor repetir de manera sencilla las oraciones que las gentes hacían a Jesús: «Señor, que vea». «Señor, ten compasión de mí, que soy un pecador». «Señor, yo creo, pero aumenta mi fe».

Ese Dios no nos resuelve los problemas, pero una cura de oración nos puede ofrecer la paz y la luz que necesitamos para dar a nuestra vida su verdadero sentido.

Por eso, el lema para los grupos de Pastoral de la Salud podría ser éste: «Si te das sin reservas a los enfermos, tu vida tiene el sentido más pleno».

3º) *Pasos para la formación de grupos.* -

1º) Desde la parroquia se podría invitar a formar parte de este grupo.

Quizás, el problema que nos podemos encontrar, es que el sacerdote no vea la necesidad de formar un grupo que visite a los enfermos, porque él mismo se vale y se sirve para todo; pero la experiencia nos dice que él no puede llegar a todo, y hoy, en la Iglesia, hay laicos que están bien preparados para esta misión. Tampoco se necesitan grandes pensadores, sólo personas comprometidas con la acción humanizadora de la Iglesia.

El grupo de Pastoral de la Salud debe, y tiene que ser la ayuda del sacerdote, el puente entre el enfermo y el representante de Jesús. Por eso el sacerdote puede y debe ayudar a formar este grupo. A lo mejor él conoce a personas idóneas para el servicio. Pero nunca deben estar enfrentados, el sacerdote, con las personas que forman el grupo, esto haría mucho daño, y los enfermos serían los que más perderían.

2º) Hay que saber qué personas conocidas, o de la parroquia, podrían pertenecer a este grupo. Personas sencillas, hombres y mujeres, en las cuales se puede confiar. No se necesita que sepan mucho, pero sí, que sean buenas personas, generosas para darse a los demás, y, sobre todo, que tengan claro que son las destinadas por Jesús para vivirle y así llevar esa misma vida de Jesús a los que sufren.

El sacerdote debe estar informado de los pasos que se dan, y de cómo va el grupo, pero debe dejar que sean los seglares los que hagan esta misión. El grupo, o la persona responsable, debe de informar al sacerdote si algún enfermo pide su visita.

Otra de las obligaciones que tendrían estas personas, siempre que sean reconocidas idóneas en todo, es guardar discreción, además de generosidad y disponibilidad, y sobre todo, ser buenas personas, porque ellas serían las ministras de la Eucaristía, encargadas de llevarles la comunión a los enfermos. Para esto tienen que tener una preparación especial, y el sacerdote estar obligado a favorecer a estas personas.

3º) Una vez formado el grupo, hay que ir dando pasos para ver cómo se puede empezar. Lo primero es conocerse bien las personas, y como piensa cada una, porque a veces los puntos de vista del caso presentado no coinciden, y esto puede crear problemas; pero, para afrontar esta problemática, sólo hay una forma de aclararla, y es: **rezando**, pidiéndole al Espíritu Santo que nos ayude a saber discernir qué sería lo bueno para el grupo. Esto nos ayudaría a crecer.

4º) Después de conocer a las personas que van a formar el grupo, hay que fijar una fecha para la primera reunión, no sin antes haber tenido un buen rato de oración personal con el Señor. No tenemos que olvidar que él nos dijo: «Pedid y se os dará». ¿Qué estamos asustadas? Es normal. Pero Jesús nos vuelve a decir: «No tengáis miedo, yo estoy en medio de vosotros».

5º) Entre todas las personas integrantes del grupo, marcar el tiempo que debe durar la reunión. No menos de una hora, pero no más de hora y media. Para ello es conveniente llevar por escrito lo que más nos preocupa, o cómo sería la mejor forma de realizarlo. Para eso debe haber una persona que coordine la forma de llevar el diálogo, ya que unas hablarían mucho y otras se quedarían en silencio.

6º) En las reuniones hay que procurar no enzarzarse en cosas o problemas que no son propiamente de enfermos. Las reuniones deben de ser para clarificar conceptos y ver de qué manera nos une. No nos engañemos, el camino de la **gratuidad** es casi siempre difícil, por eso debemos tener claro que hay que dar sin esperar mucho, perdonar siempre, y ser pacientes unas personas con las otras; y ello nos ayudará a colaborar eficazmente en los pequeños servicios gratuitos. Jesús dice: «Dichosos los que viven para los demás sin recibir recompensa, mi Padre del cielo los recompensará». Por lo tanto, se nos invita a actuar desde una actitud de gratuidad y de atención al enfermo que hoy no es habitual. No olvidemos que los momentos más intensos de la vida son los que sabemos vivir en gratuidad. Sólo en la entrega desinteresada se pude saborear el verdadero amor.

7º) Una de las ideas que hay que tener bien clara todas y cada una de las personas que constituyen el grupo, desde el primer día, es que los problemas de los enfermos o sus familiares **NUNCA** deben salir del círculo del grupo. Para ello se tendría que hacer un compromiso delante del Señor para que se ratifique ese compromiso.

Se ha hecho mucho daño cuando, a lo mejor, y sin pretenderlo, se ha encontrado algún problema familiar que se ha vivido durante la visita a las casas de los enfermos. Y aunque parezca muy fuerte decirlo, hay que recordarlo: los problemas de los enfermos y familiares no se comentan fuera del grupo, ni siquiera con las personas que más confianza se tenga.

En las visitas que realizamos descubrimos cómo viven su enfermedad los enfermos, y también sus familiares. Acoger al enfermo significa dedicarle tiempo y espacio, y atenderle desde nuestra pobreza.

Los grupos de Pastoral de la Salud deben tener el corazón abierto para acoger lo que el enfermo les diga, y los labios cerrados para guardar su intimidad. Hay una frase que lo dice todo: «Lo que de otros

dices, a ti te retrata». Guardemos en el corazón el dolor del enfermo y de su familia.

8º) Al comienzo, dar los primeros pasos, nos puede costar un poco, pero no nos tenemos que asustar, ya que los primeros discípulos, también entre ellos, tenían intereses de cuál sería el primero, y eso que Jesús estaba con ellos. Nosotros podemos creer que nuestra opinión es mejor que las de los demás, pero, para aclarar dudas, tiene que haber un diálogo sincero y mucha humildad para así poder aceptar lo que sea mejor para el enfermo.

A veces también habrá que hacerse autocrítica de cómo va el grupo, en dónde falla, y cómo se podría mejorar; pero nunca queriendo imponer mi forma de pensar o actuar. En momentos difíciles hay que poner a Jesús en el medio, y preguntarle a él directamente: «¿Qué harías tú en este caso?» Son momentos difíciles, pero son muy enriquecedores, porque Jesús contesta, ¡claro que contesta! Para oír su opinión: silencio y oración.

La visita.-

Para dar los primeros pasos en la preparación y visita a los enfermos, hay que comenzar por la oración.

Sería conveniente que, desde la mañana, se leyera el Evangelio del día y se fuese pensando lo que a mí personalmente me dice la Palabra de Dios, para poder comunicarlo a los que forman el grupo, y eso nos ayudaría a preparar el corazón cuando nos fuésemos a ver a los enfermos.

Jesús, en el Evangelio, nos dice que nos manda de dos en dos y que, a veces, vamos como ovejas en medio de lobos.

Una vez sabemos ya los enfermos que vamos a visitar, hay que conocer las condiciones en las que están: si tienen familia, cómo será nuestra primera visita...: procurar no hablar mucho, pero sí exponer que se va en nombre de la parroquia, que el sacerdote nos envía en el nombre de Jesús, que la parroquia reza por ellos, y que pueden tener la seguridad de que la confidencialidad se mantendrá entre nosotros.

Para la hora de ir a los domicilios, hay que saber el teléfono de la familia y preguntar sobre qué hora sería la más apropiada para que el enfermo esté receptivo a nuestra visita. A la vez que se les pide el teléfono de otro familiar, hay que dejar claro que se utilizará sólo en momentos en los que en la casa no contesten. Hay que demostrarles que todo esto es con el mayor respeto, y el compromiso de que sólo es para ayudarles a que tengan confianza en las personas que vamos a ir a visitarlos.

Para la primera visita, hay que llamar primero por teléfono y que el enfermo o su familiar diga la hora que sería la mejor, también podría ser que, las personas que van a visitar, llamasen ellas mismas para quedar en una hora concreta.

La primera visita siempre es de conocimiento, tanto por parte del enfermo y sus familiares, como por las personas que van a visitarlos. Por eso tiene que ser de extrema cortesía. «Cómo está...», «tiene dolor...», «le cansamos...», y después nuestra presentación. No hablar mucho, sólo lo justo, pero dejando claro que somos personas que queremos estar cerca de ellos y

ayudarles en lo que podamos, siempre que ellos lo quieran o lo necesiten. A veces, los familiares necesitan, más que los enfermos, que se les escuche; o que, en algún caso, se tenga la disponibilidad de ir a sus casas para que la persona que está con el enfermo pueda ir a comprar o, simplemente, dar un paseo.

La primera visita no debe ser larga, pero sí hay que tener los ojos bien abiertos para descubrir los gestos (el lenguaje no verbal): si están a gusto..., si no se cansan..., cómo llevan una conversación..., si les gustaría que se les comentara algo de la parroquia... Lo más importante es que el enfermo vaya cogiendo confianza con las personas que le visitan, y poco a poco se abra a la comunicación que él quiera o necesite.

Si hay más personas en el grupo que también visitan a otros enfermos, se debe ir preparando el terreno para que sepan que también existen esas otras personas que también podrán ir a verles, pero que todas llevamos la misma ilusión: que no se encuentren solos, y que eso lo hacemos de parte de la parroquia. Esto hay que dejárselo bien claro: Ellos son los principales en la parroquia.

Las visitas sucesivas.-

En las primeras visitas, no sería conveniente hablar mucho de Dios ni de los sacramentos; hay que dejar que sean ellos los que den el primer paso, y más cuando no se les conoce ni se sabe cómo piensan. En estos momentos lo nuestro es orar para que sepamos ser esos testigos eficientes de Jesús. Cuando llegue el momento oportuno, se puede pedir al enfermo si quiere rezar con nosotros. Una de las cosas que a los enfermos, si no son de Madrid, les gusta que se les pregunte es por cómo se llama la Virgen de su pueblo, y desde esa pregunta puede ser que se pueda rezar con ellos, pero siempre que ellos quieran.

Tenemos experiencia de que muchos enfermos tienen miedo a que les visite el sacerdote, pues les parece que es como si fuese a decirles que se van a morir, por eso no debemos hablar con ellos (con los enfermos) sobre la visita del sacerdote; ya que, el tiempo y la confianza que puedan tener con nosotros, nos abrirá la puerta a otras visitas.

Como final, tengamos claro cuál es nuestra misión con los enfermos y sus familias: Nosotros, sólo somos el camino para mostrar a Jesús, el verdadero Camino, por el cual tienen que llegar a Él. Jesús es la Verdad. Nosotros, con nuestra misión de visitarlos, les estamos diciendo que la verdad, la verdadera verdad sólo se encuentra en Él. Jesús es la Vida, esa vida que a veces se ve tan oscura debido al dolor de cada día, esa vida que no la vemos fácil de aceptar, esa vida que en tantos momentos está en silencio, cuando más la necesitamos; pero nosotros tenemos que ser ese reflejo de la vida; por eso, cuando se les visita, o se les lleva al Señor, hay que demostrar con nuestra misericordia que Jesús está allí con ellos; seguro que no lo verán, pero en su corazón les quedará la seguridad de que Jesús está con ellos, aunque ni vean el camino ni la verdad ni la vida.

En la visita a los enfermos, nosotros somos unos siervos inútiles que hacemos lo que debemos: dar gratis lo que hemos recibido gratis; pero convencámonos de que es Jesús el que, en persona, va a ver a los enfermos; por eso nuestra misión es ser misericordiosos como el Padre es misericordioso.

¡Nuestra misión es hermosa pero también es comprometida, pues vamos en el nombre de Jesús y de la Iglesia! Pero no tenemos que tener miedo si alguna vez no salen las cosas como quisiéramos: Él, Jesús, ya se las arreglará para que sean lo mejor para todos: para Él, los enfermos y sus familias, y para nosotros.

También tendremos que aprender de Jesús a conjugar tres verbos: **acoger, escuchar, acompañar**. Descubriremos que el Evangelio lo comunican los creyentes en cuya vida resplandece el **amor compasivo** de Dios. Sin esto, todo lo demás es inútil.

La administración de la Eucaristía.-

Y, por último, el momento de celebrar con ellos el signo más grande del amor de Jesús hacia los enfermos: recibir la Eucaristía.

Para ello dejamos al Señor en el sitio que tengamos preparado: mantel, vela..., si es que lo tenemos; si no, sólo con la presencia de Jesús en la Eucaristía es bastante, porque es la que tiene que llenar todo lo que vamos a celebrar. Dejar unos momentos de silencio, para que el enfermo tome conciencia de lo que va a recibir. Después decir alguna oración que sea de preparación y de perdón, para que el enfermo se sienta acogido por Jesús dentro de su pobreza. Se puede rezar el "Padre nuestro", pero que la celebración no se haga larga. El momento de recibir al Señor debe ser un momento donde el enfermo sienta que Jesús está en su corazón, por eso no se debe tener prisa en hablar para dar gracias, sólo en guardar silencio, y ese silencio que sea elocuente también para nosotros.

El momento de dar gracias, si es que el enfermo no dice nada, se podría empezar dando gracias por la vida del enfermo, por su familia, por sus padres, por sus amigos, por su barrio o su pueblo, por tanta gente que ha pasado por su vida y que quiere tener un recuerdo agradecido por todos ellos. Y, como final, ponemos a María, con el nombre de la Virgen de su pueblo, rezando el "Ave María", y pidiéndole a ella que interceda por todos los enfermos ante su Hijo.

APÉNDICE

(por Humberto Velázquez Muñoz)

La Pastoral de la Salud está orientada a manifestar el amor de Dios (acoger, escuchar y acompañar) a los enfermos, tanto del cuerpo (soma, somático) como de la mente (psique, psicológico, ánimo). Pero el hombre, el ser humano, cada persona, somos una unidad, con compartimentos diferenciados (eso sí) pero inseparables, y respondemos como una unidad indivisible ante cualquier alteración de ese "equilibrio, armonía y paz interior" que conocemos con el nombre de salud. Así, cualquier alteración en una de las partes, aunque sea la más pequeña, acaba por afectar a todo el conjunto: tanto al cuerpo, como al ánimo, como al **espíritu**: el ser profundo del hombre, donde se asienta su voluntad, y donde puede reconocerse como persona (su "yosoy" en minúscula), y donde puede reconocer a Dios que le ha creado, le sustenta, acompaña y dignifica (su "Yosoy" con mayúscula [lo que en hebreo se dice: "Yavé"]).

Luego..., si cualquier afectación en una de las partes puede afectar al todo: tanto la enfermedad del cuerpo puede (y de hecho lo hace) afectar al

ánimo y éste al espíritu, y, con ello, a la fe. Como, viceversa: Las enfermedades del alma (el rechazo o desprecio de Dios cuando no se elige el bien que nos propone, lo que se conoce como pecado), también influyen en el ánimo (trastorno psicológico) y el cuerpo (somatización). Y en esto se basa el concepto de **salud integral**, que abarca todas las facetas humanas, al modo de Jesús, auténtico sanador de cuerpos y almas: «“Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados” —entonces dice al paralítico—: “Ponte en pie, coge tu camilla y vete a tu casa”. Se puso en pie y se fue a su casa. Al ver esto, la gente quedó sobrecogida y alababa a Dios, que da a los hombres tal potestad.» (Mt 9, 6-8)

Luego..., el impulso misionero de la Iglesia, va implícito en el mismo concepto de Pastoral de la Salud, y quienes se entregan a este servicio de caridad, para ejercer ese mandato misionero, no tienen que hacer nada diferente a lo que ya hacen. De hecho, si entendemos como enfermos del alma a los ateos, agnósticos, paganos, alejados, y a los apóstatas de corazón (que siguen en la Iglesia pero su corazón, en su vida ordinaria, está lejos del Señor), y releemos ahora todo lo expresado desde el principio de este «ABC de la Pastoral de la Salud», pero mirado desde esta nueva perspectiva (y adaptando para ello todo lo que sea preciso adaptar), obtendremos una buena guía de actuación a la hora de abordar y evangelizar a todas estas personas y ambientes de nuestra sociedad actual tan descristianizada.

Todo es mucho más simple y sencillo de lo que parece. Sólo hay que releerlo y reinterpretarlo todo, volviendo a “Galilea”, porque, como dice Jesús: «allí me veréis». Y es que Dios... es amor, y **amor manifestado**.

(Noviembre de 2019)

VÍA CRUCIS

de Pastoral de la Salud

(para el viernes 16 de marzo de 2018)

(por María del Sagrario Bravo Sobejano)

INTRODUCCIÓN

En este Vía Crucis vamos a destacar, sobre todo, el silencio cargado de afecto que acompaña, porque muchas veces no hay mejor opción que ésta ante el dolor y el sufrimiento; por eso huiremos de las expresiones o lugares comunes, y no se cantará hasta el final del mismo.

El Grupo de Pastoral de la Salud quiere empezar el Vía Crucis con una oración de acompañamiento a Jesús, en el que podemos ver a tantos enfermos que están pasando momentos de dolor, de soledad y de angustia.

En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.

¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?

¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?

Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.

Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta. Amén.

(Pausa)

1ª) En la primera estación, a Jesús lo van a condenar a muerte. Este Jesús que iba, por los caminos y aldeas, curando a los enfermos, ahora se ve, delante de esa misma gente, solo, sin nadie que le diga una palabra de consuelo. ¿Cómo se sentiría Jesús ante todas aquellas personas?

(Silencio)

2ª) Jesús carga con la cruz, una cruz pesada, porque en ella estamos todos nosotros, con nuestras miserias y debilidades; estamos tú y yo, con nuestro pecado y con no querer reconocer que nos cuesta llevar nuestra cruz detrás de Él.

(Silencio)

3ª) ¡Cómo le tenía que pesar a Jesús la cruz para caer al suelo como un desecho! La gente gritaba, pero nadie le dijo una palabra de aliento. Cuántas veces nosotros nos quejamos de no poder llevar el dolor con alegría, y eso que nosotros hemos tenido a nuestro lado a alguien en quien confiar.

(Silencio)

4ª) Jesús se encuentra cara a cara con su madre, y... ¡qué se dirían cuando se encontraran sus miradas! ¡Qué sentiría María al ver a Jesús como si fuese un malhechor, y el hazmerreír de toda aquella chusma!

Pero María, a pesar de tener traspasado el corazón de dolor y de amargura, sigue a su hijo hasta el final, hasta la cruz.

María nos enseña que, a pesar de nuestros dolores y sufrimientos, podemos seguir a Jesús; y, con ella, llegaremos a su hijo.

(Silencio)

Avemaría...

(Pausa)

5ª) Cómo estaría Jesús de cansado y del maltrecho, que tuvieron que buscar a otra persona para que le ayude a llevar la cruz. ¡Cuántas veces buscamos a alguien que nos ayude a superar el dolor y la soledad!, y encontramos a personas que son nuestro cirineo; pero, al final, descubrimos que nuestro mejor cirineo es el mismo Jesús, porque él mismo tuvo la experiencia de necesitar de otra persona, y nos entiende; y él es la mejor ayuda en esos momentos.

(Silencio)

Padrenuestro...

(Pausa)

6ª) A pesar de estar tan solo, de verse sin fuerzas, de sentir que su vida se apagaba..., ve venir a una mujer que se acerca para limpiar su rostro ensangrentado, y, ante este gesto, y como regalo, le deja, en su tela blanca, lo único que tiene en ese momento: su rostro lleno de agradecimiento.

Nosotros le ofrecemos a Jesús algo, y él se nos da por entero y sin reservas.

(Silencio)

7ª) Y Jesús cae una segunda vez, y Jesús vuelve a levantarse para ayudarnos a nosotros a caminar a pesar de nuestros dolores y de nuestra soledad. Jesús no se deja ganar en generosidad, y, a pesar de estar sufriendo, nos dice: «No tengáis miedo, yo estoy con vosotros».

(Silencio)

8ª) Qué desprendimiento el de Jesús al ver a las mujeres que lloran al verlo tan maltratado. No lloréis por mí —les dice—, llorad por vosotras y por vuestros hijos. Jesús se olvida de sí mismo para darse a los que por él lloran.

(Silencio)

Padrenuestro...

(Pausa)

9ª) Bajo el peso de la cruz, y cerca del monte Calvario, Jesús cae por tercera vez. Ya no puede más, pero tiene que seguir porque su meta es la cruz; es allí donde va a dar el gesto de amor más grande, por eso tiene que levantarse, tiene que llegar a darse a sí mismo, para que nosotros podamos estar levantados.

(Silencio)

10ª) A Jesús le despojan de sus vestidos, se los rifan, y él sigue sin decir palabra. El silencio de Jesús es el grito más sublime para nosotros, ya no tiene nada más que darnos; por eso no se avergüenza de su desnudez, porque así nos muestra el amor que nos tiene.

(Silencio)

11ª) Por mucho que nos imaginemos, no podremos abarcar la profundidad del amor de Dios que se deja clavar en una cruz sin que de su boca salga una palabra. ¿Qué sentiría en su corazón cuando le clavaron los pies y las manos?

En silencio, y también con nuestro dolor por la enfermedad o la soledad, consolemos al Corazón bueno del buen Jesús.

(Silencio)

12ª) A Jesús le ha llegado el momento supremo, lo ha dado todo, pero aún le queda dar la última gota de su sangre que brota de su costado abierto.

Jesús ya está en su trono que es la cruz. ¿Qué podría yo decirle para que sintiera mi amor y mi cercanía en estos momentos de soledad?

(Silencio)

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en esa cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y, aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera. Amén.

(Pausa)

13ª) Jesús ya no puede estar más en la cruz y, muerto, se lo entregan a su madre. María estaba acompañada por algunas mujeres y por el discípulo que Jesús tanto quería, pero, en su corazón, sólo estaba su hijo.

Mirando a María, con Jesús muerto en los brazos, podremos entender lo que es la soledad.

(Silencio)

Avemaría...

(Pausa)

14ª) Jesús ya ha terminado su vida mortal, ya no tiene nada más que darnos; y para ser como nosotros en todo, lo ponen en un sepulcro excavado en la roca. Ahora sí que Jesús está solo, su silencio y su soledad nos pueden acompañar en estos días.

(Silencio)

Padrenuestro...

(Pausa)

15ª) Pero Jesús no se queda en el sepulcro. Jesús, con su resurrección, nos vuelve a dar la vida, nos da su vida, para que nosotros podamos darla a los demás.

¡Todo lo vivido tiene un sentido! ¡La muerte no tiene la última palabra!

(Pausa)

¡Victoria!, tú reinarás.

¡Oh cruz, tú nos salvarás!

El Verbo en ti clavado, muriendo nos rescató;
de ti, madero santo, nos viene la redención.

¡Victoria!, tú reinarás.

¡Oh cruz, tú nos salvarás!

Extiende por el mundo tu reino de salvación.
¡Oh cruz fecunda, fuente de vida y bendición!

¡Victoria!, tú reinarás.

¡Oh cruz, tú nos salvarás!